

VIDA Y MARTIRIO

DE LA GLORIOSA VIRGEN

SANTA LUCIA.

FUE Santa Lucia natural de la Ciudad de Zaragoza de Sicilia: fue bien nacida, de padres ilustres, y fue desde su niñez Cristiana, y tan enseñada en las cosas de la Santa Fe Catòlica, que à su misma madre persuadia á que se egercitase en obras de muy gran virtud, especialmente en hacer limosnas, y remediar necesidades. Halló ocasion la Santa do-cella para distribuir su patrimonio, que era amplísimo, librarse de un hombre rico, con quien à instancia de su madre, y parientes, estaba concertada de desposarse contra su voluntad; y fue que la madre de esta Santa se llamaba Eutichia, y habia cuatro años que padecia una enfermedad muy grave y penosa, de flujo de sangre, sin que hallase algun remedio humano para ser de ella libre. Volaba à este tiempo la fama por toda Sicilia de Santa Agata, que muy poco antes habia sido martirizada, y estaba su cuerpo en la Ciudad de Catania, y hacia alli muchos milagros, curando de diversas enfermedades à personas que visitaban su sepulcro. Persuadió Santa Lucia á su madre, que fuesen las dos á

visitar à aquella Santa, que seria posible hallar por este medio remedio en su mal. Condescendió en ello Eutichia. Fueron las dos con el acompañamiento debido á su estado: y en llegando al Sepulcro, púsose en oracion la gloriosa virgen Lucia, pidiendo à Santa Agata, alcanzase de nuestro Señor salud para su madre. Apareciósele la Santa cercada de Angeles, muy hermosa y con rostro alegre, y la dijo: Lucia, hermana, escusado te fuera pedir á mi, lo que tu puedes alcanzar para tu madre. Pídele á Dios, que si à mi me'ama, á ti te ama, si oye mis ruegos, tambien oirá los tuyos: porque si yo di por él mi vida, tambien tu darás por él la tuya. Y si por mi tiene fama y nombre la Ciudad de Catania, por haber sido bañada con mi sangre, y tener consigo mi cuerpo; la Ciudad de Zaragoza, por las mismas razones alcanzará por tí renombre. Con todo eso, quiero hacer lo que me ruegas, de rogar á Dios nuestro Redentor dé salud á tu madre. Pasó esto, y volviendo Lucia en su sentido, porque aquella vision le tenia agena de él, vió á su madre alegre y contenta por extremo, viéndose del todo sana. Y comunicándolo entre sí, dieron las dos por ello gracias á la Magestad Divina, y à la gloriosa y bienaventurada Santa Agata. Volviéronse á su Ciudad, y estando en ella, rogó Lucia à su madre la dejase dar à los pobres la hacienda y dote, que tenia para casarla. Decíala la madre: Déjame, hija, cerrar los ojos, y despues haz lo que fuere tu voluntad. Respondia la Santa doncella: Madre mia, no solo quiero yo que estas limosnas que hago me aprovechen

á mí; mas tambien deseo que te aprovechen á tí, y que te lleves muy grande parte de ellas: y si despues de tu muerte, solo por mi voluntad se hacen, no te serán á tí provechosas. El que và de noche por un camino, y se le ofrecen tropiezos, si puede llevar delante de sí una hacha encendida, no acierta en llevarla atrás. Este mundo es una noche larga: caminamos todos, y ofrécesenos á todos tropiezos las buenas obras que podemos hacer, en particular las limosnas, son hacha encendida, que nos ayuda para no tropezar. Esta hacha es bien que vaya delante. Bien es dejar la hacienda á los pobres despues de la muerte, pero mejor es darla en vida. Con estas, y otras razones, que Santa Lucia decia á su madre, alcanzò de ella facultad para distribuir á los pobres su dote. Lo cual sabido del que habia de ser su esposo, sintiendo esta pérdida, y tambien por entender que hacia esto Lucia su esposa, por ser Cristiana, siendo él pagano, acusóla delante de Pascasio, Prefecto, y Justicia mayor en aquella Ciudad por los Emperadores, Diocleciano, y Maximiano. Mandóla Pascasio traer á su presencia, y con buenas palabras procurò persuadirla, que ofreciese sacrificio á los Dioses. Respondió la Santa: Sacrificio agradable es á Dios nuestro Señor el remediar á los pobres. Este ha sido ofrecido por mí, y faltándome hacienda que ofrecerle, á mí misma me le ofreceré. ¿Ese Dios que dices, dijo el Prefecto, es Jesus, el que fue crucificado en Jerusalem por los Judios? Ese mismo, dice la Santa. ¿Pues cómo se compadece, replicó él, que siendo Dios, muriese,



y muerte tan afrentosa? Lo que no se compadece con ser Dios, dijo Santa Lucia, es lo que confiesan de Júpiter, Apolo, y Venus, y de los demas Dioses, los que los adoran, que fueron deshonestos, adúlteros, homicidas, y tiranos cruelísimos. Esto no se compadece con ser Dios: que el morir como Jesucristo, á quien yo confieso por Dios, murió, no contradice con ser Dios, pues por poder morir se hizo hombre, para así con su muerte dar al hombre vida. Muchas razones son esas, dice Pascasio, para una rapaza. ¿Quién te ha enseñado tanta parleria? A los siervos de Jesucristo, dijo la Santa, no les han de faltar palabras ni razones, estando delante de los Jueces, que así dió palabra de ello nuestro Redentor Jesucristo, diciendo, que no serian ellos los que hablasen, sino el Espiritu Santo moraria en ellos. De esa manera, dijo Pascasio, ¿en tí mora el Espiritu Santo? Respondió Santa Lucia: Los que viven en castidad, Templo son del Espiritu Santo. Si así es, dice el Juez, yo quiero echar de tí ese Espiritu Santo, haciéndote llevar al lugar de las mugeres públicas, para que allí perdiendo la castidad, ese Dios que tanto dices preciarse de casto, huya de tí. Si por fuerza, dice la Santa, pretendieres que yo pierda la castidad, dos coronas tendré en el Cielo, una de casta, y otra por haber recibido fuerza. Cesarán las palabras viniendo á las obras, dijo el Juez. Y así, instigado por el demonio, mandó que la llevasen al lugar de las mugeres públicas. Vino luego mucha gente perdida, pensando tener ya presa, y ganancia en la Santa. Echàronla las manos para llevarla; mas

favorecióla Dios nuestro Señor, con hacerla inmovible; de tal manera, que por muchos que fueran á trabar de ella, ni aunque trajeron yuntas de bueyes, que tiraban con maromas, no la pudieron mover un paso. Díjola el Juez: ¿Qué hechicerias son estas que siendo muger, y flaca, muchos hombres ni muchos bueyes bastan á moverte de un lugar? Sin duda que algun demonio, familiar tuyo, te favorece y ayuda, para que burles de nosotros. No son hechizos, dice ella, ni es demonio el que me hace inmovible, pues antes él quisiera que yo fuera llevada á dónde tú pretendes, y que allí perdiera la castidad, sino el Espíritu de Dios, que por ser Omnipotente, estando aposentado en mi alma, puede hacerme de tantas fuerzas, que todo el mundo no basta á moverme de donde estoy. Mandó el Juez, que al rededor de la Santa pusiesen mucha leña, resina, y oleo, y lo encendiesen todo, y la atormentasen con ello: mas ningun daño recibió. Decíale Santa Lucia: Concedíome ha Dios dilacion en mi martirio, para que los fieles reciban ánimo, y pierdan el temor á los tormentos, pues no son tan rigurosos como parecen; y los idólatras queden confundidos, viendo lo poco que pueden dañar á los siervos del Altísimo. Mandóla el Juez pasar una espada por el cuello, y quedó la Santa herida de muerte: aunque primero que muriese habló con algunos Católicos, que vinieron à ella, y se dolian mucho de verla así llagada. Díjoles Santa Lucia: Consolaos, hermanos mios, que presto la Santa Iglesia tendrá paz, presto dejarán los Emperadores que le hacen guerra, el mando y

señorio que tienen. Dícese tambien, que le fue traído allí secretamente por un Sacerdote, el Santísimo Sacramento del Altar, y que habiéndole recibido, dió su alma à Dios nuestro Redentor. Su cuerpo fue sepultado en la misma Ciudad de Zaragoza, y lugar del martirio, donde se le fundó una Iglesia, y estuvo allí muchos años, haciendo Dios por él grandes misericordias á los fieles que acudian á él con muchos trabajos y necesidades. Despues fue llevado á la gran Constantinopla, y de allí fue trasladado á Venecia, donde está muy estimado, y con mucha razon; pues dejado á parte lo que esta Santa merece por su martirio, teniéndola ya toda la Santa Iglesia por abogada de la vista, todos es razon que tengamos devocion muy grande á ella, acordándonos de ella, y nos encomendemos muy de veras á ella, para que nos conserve Dios la vista de los ojos corporales por su intercesion, y nos dé vista en el alma, para que veamos á su Divina Magestad en el Cielo. Amen.

Celebra la Iglesia fiesta de Santa Lucia el dia de su martirio, que fue á trece de Diciembre, año del Señor de 303 imperando Diocleciano, y Maximiano. Está su nombre en el Canon de la Misa.

Una mano de Santa Lucia se muestra en el Sagrario de la Santa Iglesia de la Ciudad de Toledo.

En la misma Imprenta y Libreria se hallan las Historias siguientes:

Conde Partinuples.
Emperador Carlo Magno.
Lisardo el Estudiante.
Dos Doncellas Disfrazadas.
Marqués de Mántua.
Pasion de Cristo.
Nuesrra Sra. de los Dolores.
San Alejo.
San Albano.
Santo Rey David.
Doncella Teodor.
Sanson.
Pierres y Magalona.
Destruccion de Jerusalem.
Flores y Blanca Flor.

Emperador Napoleon.
Patriarca San José.
Juicio Universal del Mundo.
Cid Campeador.
Española Inglesa.
Santa Genoveva.
D. Pedro de Portugal.
Tablante de Ricamonte, y Jofre.
Roberto el Diablo.
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.
Clamades y Clarmonda.
Bernardo del C.
San Amaro.
Hermosa Judith.

Ademas se halla un gran surtido de Romances, Relaciones, Pasillos, Trobos y Novenas.

En la misma Imprenta y Libreria se hallan las Historias siguientes:

Conde Parinapies.
Emperador Carlos Magno.
Juicio Universal del Mundo.
Do. Romella Discreto.
Eid Campador.
Española Inglesa.
Santa Genoveva.
D. Pedro de Portugal.
Tobias de Riconom.
San Alejo.
San Albano.
Santa Rey David.
Do. Romella Teodor.
Sanzon.
Pietres y Marziano.
Pietres y Marziano.
San Amaro.
Hermosa Judith.

Ademas se halla un gran surtido de Romanos, Relaciones, Pasillos, Tropos y Novenas.

CAPITULO VI.

De como Baralides llevò al Santo á su Monasterio, donde lo tuvo quinze dias, al cabo de los cuales le mostrò el camino que debia tomar, y se despidieron con muchas lágrimas,

ADmirado quedó el bendito Amaro cuando oyó á Baralides decirle cuantos acontecimientos le habian pasado, y conociendo su grande virtud y santidad, se postró á sus pies, pidiéndole su favor y amparo. Baralides le levantó, y en santas conversaciones se fueron al Monasterio, en el cual habia diez y ocho Santas mugeres de muy penitente vida: todas las cuales salieron á recibir al bendito Amaro, y con mucha reverencia lo acompañaron hasta la Iglesia, donde hizo muy devota oracion, y despues lo llevaron á la hospederia que Baralides le tenia prevenida. Al dia siguiente, le dijo Baralides al Siervo de Dios Amaro, que en aquel Monasterio tenia una sobrina que apetecia con ánsia tomar el hábito, y que ella queria tener el gusto de que él se lo echara. El Siervo de Dios dijo, que lo haria de buena gana, y asi lo egecutò; cuya Monja, llamada Brigida, fue tan penitente, que murió Santa.

Quince dias estuvo el bendito Amaro en aquel

Monasterio, empleado en tantas y tan austeras penitencias, que edificaba á todas aquellas Santas mugeres, no obstante sus ásperas vidas. Pasado dicho tiempo, le dijo un dia Baralides al bendito Amaro: Querido hermano, ya es tiempo que cojas el fruto de tus trabajos, y logres ver lo que tanto deseas: mañana en saliendo el Sol te mostraré el camino que has de tomar: para lo cual conviene te prepares esta noche, en la cual yo te encomendaré á Dios.

Muchas gracias le dió el Siervo de Dios por la gustosa noticia que le habia dado, y separándose Amaro de Baralides se fue á su retrete, en el cual pasó aquella noche mortificando su cuerpo con muy fuerte disciplina, pidiendo á Dios tiernamente le concediera la gracia de ver lo que tanto deseaba.

Llegada la mañana, mandó Baralides á sus compañeras, besaran la mano al Siervo de Dios, y se despidieran de él, pues no le volverian á ver. Todas lo hicieron como Baralides lo habia mandado, y despues de haberles echado el Siervo de Dios la bendicion, salió del Monasterio con Baralides, la cual guiò por un frondoso valle, y pasado este, llegaron á una alta y áspera sierra, la cual pasada con muy poco trabajo, descubrieron un Rio muy caudaloso; cuyas riveras estaban tan pobladas de hermosísimos y frondosos Arboles, que eran impenetrables. Aqui se paró Baralides, y le dijo á su querido Amaro: Hermano mio, ocho años hace que viniéndome paseando por este sitio, me embosqué en lo áspero de la rivera de este Rio, y sin saber

por donde iba, me hallé en lo alto de un monte, desde el cual ví, aunque de léjos, el Paraíso Terrenal, cuya hermosura y brillantéz, ni yo te puedo decir, ni habrá lengua humana que lo pueda explicar: cuya vision, á mi parecer, me duraria como dos minutos, pues levantándose una niebla muy espesa me quitó de la vista aquella tan deleitable, y hermosa vision: cuya niebla creció con tanta abundancia, que apenas veia yo la tierra que pisaba; con cuyo motivo me volví por donde habia ido, y en breve tiempo me hallé donde ahora estamos.

Muchas diligencias he hecho por volver á descubrir aquel camino, y todas han sido en vano, pues ni aun los Arboles que vi la primera vez que lo anduve, he podido alcanzar á ver despues, de lo que infiero, que no es voluntad de Dios que lo vuelva á ver, y asi quédate en paz, pues de aqui adelante sola la mano de Dios te podrá guiar.

CAPITULO VII.

De como el Santo, siguiendo su camino llegó al Paraíso, de lo que vió en él, y de como se volvió pasados doscientos años, al Puerto donde dejó á sus compañeros, en el cual murió.

CON muchas lágrimas se despidió la buena Baralides del bendito Amaro, y este siguió su camino

por lo espeso de la rivera del Rio, y á poco trecho se halló al pie de una alta sierra, por la cual subió con grande trabajo, y llegado que fue á lo alto, descubrió á lo léjos un hermosísimo Alcázar, ó Palacio, con cuatro altísimas Torres, y una fuerte Muralla que lo cercaba todo, el cual despedía de sí tantos reflejos, y brillantéz, que sus rayos impedían la vista. Absorto se quedó Amaro al ver tanta hermosura, y llevado de su deseo, se fue acercando al hermoso Palacio, y descubrió que de él salían cuatro hermosos Rios, y que sus Murallas, Torres y Almenas, eran compuestas de piedras preciosísimas, de diversos colores, mas brillantes que diamantes, rubíes y topacios. Siguió el Siervo de Dios hasta llegar á la cerca de este sumptuoso Alcázar, en la cual vió una hermosísima puerta, y en ella un gallardo Mancebo, que con una espada en la mano, defendía la entrada. Llegóse el bendito Amaro á la dicha puerta, y con mucha mansedumbre le dijo al que la guardaba: Por el amor de Dios te suplico, me digas, qué Palacio es este, pues aunque he visto muchos de Reyes y Emperadores, con admirables fábricas, todos juntos no componen ni una sombra de este. A lo cual le respondió el Portero: Este que ves es el Paraiso Terrenal, en el cual puso Dios á Adán. Cuando el bendito Amaro oyó decir que aquel era el Paraiso Terrenal, se postró en tierra, y con muchas lágrimas, y muy ardientes afectos de lo íntimo de su corazon, dió muchas gracias á Dios por el singular beneficio que su Magestad le habia concedido, y lleno de

gozo y alegría, le preguntó al Portero, si podría entrar en el Paraíso. A lo cual le respondió que nó, pero que desde allí le mostraria mucho de lo que habia dentro, y así le fue esplicando los nombres y frutas de aquellos hermosísimos Arboles, y entre ellos le mostrò aquel de donde comió Adan la Manzana. Mostróle un hermoso coro de preciosísimas Doncellas, con coronas de diversas flores, vestidas de telas blancas tan brillantes como el Sol: á las cuales seguian otras con ramos y palmas en las manos, cantando y tañendo varios instrumentos, tan dulcemente, que robaban los sentidos con su música. A otro lado se descubrian otros coros, con ropas carmesíes, y coronas de diversas flores. Todas estas Doncellas servian con mucho amor y reverencia, á una hermosísima Señora, que escedia á todas en hermosura y resplandor, á la cual todas le hincaban la rodilla, y ponian á sus pies los ramos y coronas que llevaban.

Tan fuera de sentido estaba el bendito Amaro, viendo tan celestiales prodigios, oyendo tan dulces y concertadas músicas, y recibiendo tan fragantes olores, que embelesado, y sin acordarse de lo que el portero le habia dicho, se iba á entrar; pero el Mancebo le detuvo diciéndole: En este sitio no puede entrar criatura humana, ya te he mostrado lo que desde donde estás puedes ver, que es todo cuanto puedo hacer por tí, y cree, que al sitio donde estás, han llegado muy pocos, y ninguno ha estado en él tanto tiempo como tú, pues hace hoy doscientos años que llegastes á él; por lo que ya

es tiempo que te retires. Despidióse Amaro del Mancebo con tanto consuelo y alegría, como se deja entender, considerando el mucho tiempo que habia estado gozando de las delicias del Paraíso, y lo breve que se le habia pasado, pues á su modo de pensar, le parecia sola una hora los que habian sido doscientos años.

Volvióse el Bienaventurado Amaro por el mismo camino que habia llevado, al Puerto donde habia dejado á sus compañeros, y halló en aquel sitio una hermosa Ciudad, que habian fundado y poblado sus compañeros en los doscientos años que habia gastado en el Paraíso Terrenal. Admirado se quedó el Santo de la novedad; y mas los moradores de ella, cuando vieron á Amaro, tanto por lo extraño de los vestidos, cuanto por el buen modo y compostura de su persona, y llevados de la curiosidad, ó novedad, le rogaron encarecidamente le dijese, ¿de qué nacion era, y con qué motivo habia ido por aquellos paises? El Santo Amaro con mucha cortesia, y mansedumbre les dijo: Caros y amados hermanos míos: Yo me partí de este Puerto poco tiempo hace (según á mi me parece): en él dejé una embarcacion, y algunos compañeros, que conmigo venian: cuando yo me fui, apenas habia en este sitio cuatro ó seis casas; y como ahora hallo una tan hermosa Ciudad, me admiro de que en tan poco tiempo se haya fabricado tal poblacion.

Atentos los de la Ciudad á las razones del Santo, le preguntaron por su nombre, y habiéndoles dicho que se llamaba Amaro, al punto se arrojaron

S. AMARO.

23

à sus pies: pues de los fundadores de la Ciudad, compañeros del Santo, venia por tradicion de unos en otros, como se habia partido de aquel Puerto este venerable Santo, para el Paraiso Terrenal, con cuyo motivo vinieron á su presencia los principales de la Ciudad, y se hizo notorio este caso, dando á entender à todos, como este Venerable Varon era el compañero y Señor de los fundadores de aquella Ciudad, y como milagrosamente habia vivido hasta aquel tiempo. Todos le tuvieron en grande estima y veneracion, y para que viviera retirado del bullicio de la Ciudad, le edificaron à una milla de distancia, un célebre Monasterio, dedicado á Santa Brigida, en el cual vivió el Santo pocos años, en cuyo tiempo hizo muchos, y admirables milagros; y habiendo muerto mandó que su cuerpo fuera sepultado en dicho Monasterio.

FIN.